

SIN RUMBO FIJO.

Abro los ojos y veo los primeros rayos del sol. Intento ser optimista, pienso ¡hoy va a ser un buen día! Pero como todas las mañanas siento un vacío en mi interior pues no tengo un hogar, ni una familia, no tengo a nadie que me espere al llegar a casa, ni nadie que me aliente, nadie que me dé un beso de buenas noches... no dependo de nadie, soy un alma libre sin rumbo fijo. Seguramente muchos pensarán: "Ojalá estuviese en tu lugar, ojalá nadie me controlara". Al principio yo también pensaba así, pero cuando llevas toda una vida independiente te invade esa tristeza de vez en cuando y echas de menos que alguien te necesite.

Empiezo a batir las alas, alzo el vuelo y doy mi paseo matutino, aunque antes haya visto lo malo de ser independiente, también tengo que decir que tiene sus ventajas.

Vuelo sola, rozando las nubes o el agua, tan alto o bajo como quiera, tan cerca o lejos del sol; elijo el rumbo al que quiero ir, nadie me dice qué camino elegir... Aunque yo no haya elegido qué ser, me alegro de poder ser una gaviota, porque nada se puede comparar con volar por el cielo, mirar abajo y ver paisajes que ni te podías imaginar, ver todo desde otra perspectiva... Me siento muy afortunada.

A lo lejos diviso un paisaje arenoso y veo el mar, niños jugando, pescadores, familias... sin duda alguna estoy sobre la playa y eso quiere decir que tengo todo un banquete para elegir. Me lanzo con todas mis fuerzas y consigo atrapar un pez y tengo suerte porque es mi especie favorita: un boquerón. Retiro mi pico enseguida del pez, ¡qué asco! está rociado por una especie de pasta pegajosa, parece petróleo, ¿Cómo va a ser eso posible? ¿Desde cuándo hay petróleo en el agua? Enseguida dirijo mi vista hacia el mar. Que podría haberse confundido con una pocilga ya que estaba lleno de botellas, residuos, bolsas de basura, latas... Enseguida caí: ¡el agua está contaminada! De repente escucho un grito procedente de una bolsa.

¡Qué extraño! Me acerco y compruebo que una compañera está asfixiándose con una bolsa de basura. Alzo el vuelo hacia la playa. Intento llamar la atención de alguien. Veo a unos niños haciendo castillos de arena. Vuelo sobre ellos ¡Bien hecho! Consigo llamar su atención y me persigue una multitud de personas. Los guio hacia donde ha ocurrido el accidente. Un

chico le quita la bolsa de la cabeza y por fin mi compañera puede respirar. Entonces, todos empiezan a mirar a su alrededor y se dan cuenta de la contaminación que están causando y de que si siguen echando basura al agua, podríamos morir todas las especies que dependemos de ellas. Todos y cada uno de los que presencian la escena, recoge la basura y la deposita en los contenedores de la playa. Por una vez en mi vida me siento una heroína, pues no sólo he rescatado a una compañera, sino que he salvado a muchas especies. Además, estoy segura de que este día marcará un antes y un después, porque ya los humanos, o al menos estos, van a tener más cuidado con lo que echan al agua.

Más tarde, después de que todo lo sucedido anteriormente se arreglara, hago lo mismo que siempre, esperar con unas compañeras a que alguna familia termine de comer y me lance algunas migas de pan. El sol empieza a esconderse, esta es mi parte favorita del día, el atardecer. Alzo las alas y vuelo hacia el sol. A veces pienso que soy muy afortunada porque pocos tienen la suerte de ver la puesta de sol como yo. Ya es de noche, toca buscar un sitio donde dormir. Estoy cansada y me pesan las alas ¡Por fin, lo encontré! Este sitio es perfecto. Hago mi nido y descanso. Pienso que mañana será un nuevo día y para mí una nueva aventura.

PATRICIA SÁNCHEZ REBOLLO, 14 años
C. M^ª Inmaculada
Huelva